

IX Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2011.

La guerra de Malvinas: conflictos, legitimidades y cristalizaciones.

Federico Lorenz.

Cita:

Federico Lorenz (2011). *La guerra de Malvinas: conflictos, legitimidades y cristalizaciones. IX Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-034/733>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Un panteón incómodo. La guerra de Malvinas y el ideario patriótico en la Argentina posdictatorial

Federico Guillermo Lorenz (IDES/ CONICET)

federicoglorenz@gmail.com

Palabras clave: guerra - Malvinas – memorias – dictadura militar – ex combatientes

Introducción

Entre el 2 de abril y el 14 de junio de 1982, Argentina y Gran Bretaña se enfrentaron en la guerra de Malvinas. Apropiándose de un viejo anhelo popular,¹ la Junta Militar -en el poder desde el golpe de estado de 1976- planificó y ordenó un desembarco que produjo la recuperación de las islas para la soberanía argentina. Deslegitimados por la crisis económica y las denuncias por violaciones a los derechos humanos, los militares en el poder lograron un amplio consenso con la medida. Este fue tan efímero como la presencia argentina en las islas, que culminó en junio de 1982 con la rendición ante las fuerzas británicas. Sin embargo, el impacto de esta guerra fue muy profundo.

El final del régimen militar más sangriento de la historia argentina fue indudablemente precipitado por esta derrota. De este modo, el período posdictatorial argentino presenta una particularidad en relación con el Cono Sur: Malvinas fue una guerra conducida por un gobierno ilegítimo, responsable de gravísimas violaciones a los derechos humanos, y en tanto que derrota catastrófica, una herida al orgullo nacional que imprimió particulares tiempos y características a la retirada de las Fuerzas Armadas del poder.

Las guerras son situaciones que ponen a los estados y a sus habitantes en diálogo acerca de sus identidades sociales y sus ideas de nación. Aún cuando se trate de una victoria (aunque esta pueda ser tan costosa que se vuelve traumática, como para Francia fue la Primera Guerra Mundial), el conflicto bélico redefine las relaciones entre los individuos y sus sociedades. Una derrota acentúa estas tensiones. El fracaso en la guerra de Malvinas colocó a la sociedad argentina en esa encrucijada, con el agravante de hallarse bajo un gobierno militar y en un momento en el que, producto del descrédito castrense, comenzaban a conocerse las atrocidades cometidas durante el llamado Proceso de Reorganización Nacional, sobre todo como consecuencia de un relajamiento en los controles a la prensa, las actividades de denuncia del movimiento de derechos humanos y la creciente presión de sectores como el sindicalismo. A las noticias sobre fosas comunes clandestinas y testimonios de violaciones a los derechos humanos que llegaban desde el exterior se añadieron, desde junio de 1982, los testigos del estrepitoso fracaso militar en el Atlántico Sur.

Con este contexto, me propongo reflexionar acerca de los desafíos que estas circunstancias impusieron al culto patriótico republicano imperante en la Argentina aún durante la dictadura, y cómo este es aún hoy funcional a aquellos sectores que reivindican el papel de las fuerzas armadas durante la última dictadura militar. Este sistema de valores y creencias anclado en la idea de la nación y sus símbolos fue compartido por regímenes dictatoriales y democráticos, por movimientos revolucionarios o partidos institucionalizados. En esa ambigüedad radica la posibilidad, aún hoy, de que los perpetradores de crímenes de lesa humanidad permanezcan impunes, amparados por la idea de servicios realizados o deberes cumplidos en nombre de la patria.

El análisis se concentrará en quienes ocuparon la conducción del estado en el quinquenio que va entre 1982 y 1987, en tanto principal emisor de los emblemas que se pusieron en juego durante y después de la guerra.²

Una guerra en la memoria

Las guerras cumplen para las naciones, un papel central en la construcción de sus identidades colectivas. Los líderes y combatientes en las luchas por la Independencia se transformaron en los héroes y próceres que marcaron la escolaridad de decenas de miles de argentinos, al punto que vuelven a ser objeto de debate hoy, con la (re) emergencia de fenómenos de historia de divulgación. En el caso del panteón nacional decimonónico argentino, este fue construido por una elite –política, cultural- que fue capaz de arbitrar elementos para difundir una versión de la historia que se transformó también en modelo de virtudes cívicas.

En los relatos históricos nacionales las instituciones militares cumplen un papel central. Los oficiales victoriosos, los caídos en combate, pasan a engrosar las filas de los venerables alojados en los panteones nacionales. Son punto de partida y modelo para los que continuarán y garantizarán el sentido de su sacrificio. Si el primer impulso a estos valores estuvo anclado en el sistema de educación pública, el servicio militar obligatorio, una vieja institución en la Argentina (se había implementado en 1904) fue el segundo hito en la vida de los jóvenes varones: al llegar a sus dieciocho años, eran sorteados para realizar la conscripción en alguna de las tres fuerzas. Mediante la implementación del servicio militar obligatorio se buscó dar cohesión a la nueva república, reforzar el papel del Estado e inculcar una serie de valores nacionales y sociales a los jóvenes. Desde el punto de vista simbólico, estos soldados ciudadanos eran herederos y actores de una religión cívica que construía una escala de valores cívicos en base a las virtudes militares y que contribuía a delinear la auto representación de la nación.³ Estos “cultos laicos” cumplían una función pedagógica, en tanto “celebrar a aquellos ciudadanos que habían cumplido con su deber era exhortar a otros a cumplir con el suyo”.⁴ Si el panteón argentino está poblado de militares exitosos (José de San Martín es el “padre de la Patria”), la consolidación del Estado nacional, durante la segunda mitad del siglo XIX, proporcionó nuevos modelos a seguir: los veteranos de la guerra del Paraguay (1865-1870) y los “expedicionarios al desierto” (1879-1881).

“Dos guerras”

Los soldados de la guerra con Gran Bretaña de 1982 fueron movilizados a partir de esa matriz histórica y cultural. Muertos, fueron recordados del mismo modo, y aunque en agudas situaciones de olvido y marginación, oficialmente también. Pero, ¿cómo incorporar a los caídos en Malvinas y a sus sobrevivientes al Panteón nacional? La guerra, en este sentido, presentó varios costados espinosos.

Uno de ellos fue que el desembarco había contado con un importante, masivo y diverso apoyo social, que el desprestigio de la dictadura posterior a la derrota y las violaciones a los derechos humanos que comenzaron a ser denunciadas públicamente convirtieron en un incómodo recordatorio de los vínculos civiles con el gobierno *de facto*. En los dos meses y días que duró el conflicto, se organizaron en todo el país redes de apoyo a los soldados en las islas, que enviaban encomiendas con alimentos y abrigo, recogían donaciones y organizaron la escritura de cartas a los combatientes en el frente. Más allá de los jóvenes convocados a los regimientos, millares de hombres que habían pasado por el servicio militar obligatorio se presentaron como voluntarios. La idea de una reivindicación nacional desdibujó la imagen de que era una dictadura la que encabezaba la lucha contra Gran Bretaña. Aún entre las comunidades argentinas en el exilio, donde existía el espacio para cuestionar duramente al gobierno militar, la recuperación del archipiélago produjo un verdadero cataclismo, un “terremoto”, pues las Fuerzas Armadas en el poder se habían apropiado de una bandera central al bagaje ideológico de muchos de los emigrados políticos argentinos, que ante el dilema de un gobierno represor que se reivindicaba antiimperialista optaron por apoyar la lucha contra Gran Bretaña mientras continuaban denunciando las atrocidades de la dictadura.⁵ Pero este matiz era sólo posible en el exilio. En un país sometido a una severa censura y autocensura por más de seis años era poco menos que irrelevante, aunque sectores aislados enarbolaban consignas como “las islas Malvinas son de los trabajadores, no de los torturadores” y “las Malvinas son argentinas, los desaparecidos también”.

La derrota puso en evidencia un dato que durante la guerra había sido irrelevante por prácticamente desconocido: que buena parte de los oficiales y suboficiales que habían combatido en una guerra “legítima” habían participado a la vez en lo que estaba pasando de ser “guerra contra la subversión” a ser considerado “guerra sucia”. Para el gran público, los “héroes de Malvinas” habían devenido torturadores y secuestradores. Comenzaron a circular los cuestionamientos hacia las Fuerzas Armadas, no sólo por el fracaso frente a los británicos, sino por la represión interna: desde un primer momento, la rendición en Puerto Argentino puso en un pie de igualdad lo que para los oficiales de Ejército, Marina y Fuerza Aérea eran dos conflictos en los que las instituciones a las que pertenecían habían combatido, con características y finales distintos pero equiparables en una carrera militar. Para Alfredo Astiz, oficial de la Marina con un resonante protagonismo en la represión ilegal, se trataba de una continuidad en su carrera militar: “Yo estuve en cuatro guerras. Y en más de treinta combates. Estuve en la guerra contra la subversión, estuve infiltrado en la línea enemiga con los chilenos, cuando decían que no había guerra, estuve en las Malvinas y estuve de observador en Argelia. Ésta es mi

quinta guerra. Quedarme callado, haber aguantado todo este tiempo sin decir nada, es mi última guerra”.⁶

Los cuestionamientos y críticas que comenzaron sobre todo en la segunda mitad de 1982 generaron un sentimiento de frustración en quienes como cuadros medios habían tenido participación en ambos procesos: la represión ilegal y la batalla de Malvinas. En la posguerra inmediata, en una primera reacción se trató para muchos del palpable fracaso de lo que había significado los años centrales de su formación militar:

Quienes habíamos peleado en la guerra contra la subversión y en la de Malvinas, nos vimos entregando luego un país con su soberanía confiscada a partir de la tremenda deuda externa que nadie puede determinar por qué, cómo y para qué se fabricó. Todo esto provocó en el pueblo argentino, y en los mismos militares, una gran frustración que se capitalizó en contra de las Fuerzas Armadas.⁷

El 1º de julio de 1982 Reinaldo Bignone, el último presidente de facto, pronunció un discurso –su primera alocución pública a los argentinos- en el que se refirió a la etapa que le tocaba conducir y a la guerra de Malvinas, finalizada quince días antes. Proponía “un emocionado homenaje a nuestros compatriotas civiles y militares, que con tanto valor, lealtad y abnegación defendieron nuestra soberanía en la gesta de las Malvinas. El sentido recuerdo para aquellos que ofrendaron sus vidas, el ferviente anhelo de una plena y pronta recuperación para los heridos y el orgulloso reconocimiento de todos”.⁸ Y afirmaba que “nunca renunciaremos a esos pedazos de nuestras tierras tan caros al sentimiento de las generaciones argentinas y por las cuales, ahora, tantos ofrendaron heroicamente sus vidas (...) Frente al conflicto de nuestras Malvinas, apoyamos una causa justa, una reivindicación que todos ansiamos. El sincero patriotismo que hemos expresado y sentido, será siempre motivo de orgullo y prenda de unidad, jamás punto de partida para el desengaño”.⁹

Este discurso patriótico, en el que la Patria, encarnada en *Malvinas*, iba a ser “prenda de unidad”, ya no era posible. No tanto, por supuesto, porque se trataba de una derrota, sino más bien porque evocar *Malvinas* significaba también evocar la dictadura y la represión ilegal.

Esta sería, precisamente, la estrategia de los sectores castrenses desde 1982: contraponer a las denuncias por violaciones a los derechos humanos la guerra de Malvinas: como una forma de ofrecer un costado presentable a las críticas pero, también, para recordar a quienes las cuestionaban que en esa acción –y en la otra tampoco, no está demás decirlo- no habían estado solos.

Los puntos de contacto entre “ambas guerras” eran varios, pero los más obvios y notorios eran que las habían protagonizado las mismas instituciones, y en muchos casos los mismos oficiales. El caso del gobernador militar de las islas Malvinas, Mario Benjamín Menéndez, es paradigmático. Había participado en 1975 en el Operativo Independencia, destinado a aniquilar el foco guerrillero iniciado por el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) en la provincia de Tucumán. Esa experiencia iba a ser la “garantía de la victoria”.¹⁰

Mario Benjamín Menéndez daba la sensación de un oficial seguro de sus convicciones y claro en sus explicaciones. Era 1975 y aquel coronel estaba viviendo una guerra cruel, dura, sin leyes. Una guerra contra un enemigo capaz de cualquier recurso, de cualquier trampa. Y en ese frente, aquel coronel se movía con absoluta solvencia. Conocía a su oponente y sabía que podía ganarle. Finalmente, el triunfo en Tucumán fue total (...) Hoy, Mario Benjamín Menéndez es general y está en otro frente, en otra batalla.¹¹

Los medios de prensa y la opinión pública encontraron en un marino represor un emblema de esta dualidad: Alfredo Astiz. Hoy sabemos que fue integrante del GT 3.3.2. de la Escuela de Mecánica de la Armada, que se infiltró entre las Madres de Plaza de Mayo y que es responsable de numerosos secuestros. Pero fue su rendición como Infante de Marina en las islas Georgias la que hizo que estos hechos comenzaran a ser conocidos:

La débil resistencia de Astiz en la Georgias tuvo el doble efecto de desacreditarlo como militar ante la opinión pública y de desenmascarar a Gustavo Niño ante las personas entre las que se había infiltrado en 1977. La foto del oficial barbado, con la cabeza inclinada ante el enemigo mientras firmaba la rendición de sus tropas, causó estupor entre decenas de madres de desaparecidos cuando fue publicada en todos los medios del país.

“¡Es Gustavo Niño!”, confirmaron con horror.¹²

Si una de las dificultades para defender el pasado respaldado a la guerra era que muchos de los participantes en el conflicto habían participado en la represión ilegal, el rubio oficial de marina iba a ser el epítome de los contactos entre lo “justo” y lo “execrable”. Pero la dualidad encarnada en figuras como las de este marino era (y es) difícil de saldar. Una semana antes de la rendición, la agrupación Familiares de Desaparecidos y Detenidos por Razones Políticas publicaba un documento en el que señalaba:

Condenamos el hecho de que ante el legítimo reclamo de nuestras islas del Atlántico Sur –reclamo de todo un pueblo– Gran Bretaña use el “caso Astiz” para probar que el mismo gobierno que ayer era su amigo, es hoy una dictadura militar, justificando así su agresión que no es contra la dictadura, sino contra todo el pueblo argentino.¹³

En las declaraciones de esta agrupación de afectados por la dictadura aparece la eficacia simbólica de la apelación a la patria y las imágenes nacionales: esta está por encima de la coyuntura. Gran Bretaña, potencia imperialista, está agrediendo “al pueblo argentino” y no al gobierno dictatorial. Los reivindicadores de la dictadura iban a encontrar en ese territorio intangible de lo sagrado un refugio contra las críticas.

La concentración de la culpabilidad en figuras emblemáticas como las de Astiz o Leopoldo Galtieri (el general borracho que mató a los muchachos, como voceaban las consignas de la época) catalizaba energías e intereses de un público que encontraba en ellas vías de escape para eludir una discusión más

profunda. Estos villanos de las islas se complementaban bastante bien, también, con los relatos victimizadores acerca de los soldados que también circulaban. El hecho central es que para los integrantes de las Fuerzas Armadas la lucha contra la subversión y la guerra en el Atlántico Sur resultaban indisociables. De hecho, no erraban en este punto, ya que buena parte del fracaso se debía al abandono del rol profesional en beneficio de concentrar la formación de los cuadros en la represión interna:

Durante la década de los 70 las Fuerzas Armadas estuvieron afectadas a la lucha contra la subversión y alejadas de su adiestramiento para un conflicto convencional. En el Ejército no se habían capitalizado los errores del casi enfrentamiento con Chile, en 1978, y la incursión en gobiernos “de facto” las había alejado, desde 1955, del profesionalismo que todos deseábamos.¹⁴

De este modo, la foja de servicios de numerosos oficiales combatientes en Malvinas incluía una participación más o menos comprometida en la represión ilegal. En 1994 se discutieron en el senado los pliegos de ascenso de dos notorios represores, con responsabilidad en el centro clandestino que la Marina tuvo en la ESMA: Juan Carlos Rolón y Antonio Pernías. Las respuestas dadas a los legisladores son un ejemplo de esta dualidad.

Yo quisiera hacer un simple racconto de quién soy. Yo soy un capitán de fragata de Infantería Marina, desempeñándome como segundo comandante de la Fuerza de Infantería de Marina de la Flota del Mar. Mi trayectoria de lo que podría llegar a ser de interés es la siguiente: sí, yo estuve en la Escuela de Mecánica en el año 75 como teniente de fragata, como jefe de un curso de Escuela de Mecánica; en el año 76 y 77 participé como miembro de la Escuela de Mecánica en lo que se dio por llamar a nivel de las Fuerzas Armadas la guerra contra la subversión, tanto en el área de Operaciones como en el área de Inteligencia, sin ser oficial de inteligencia. A partir de ese momento me restituí a los destinos normales de la Armada ascendiendo a Teniente de navío y ascendí a Capitán de corbeta. En los años 78, 79, 80, 81 y demás, estuve prestando servicios específicos en la Guarnición Baterías.

En el año 82 fui jefe de operaciones en el Batallón 5 de Infantería en Malvinas y a partir de ese momento cursé la Escuela de Guerra y se produjo mi ascenso a Capitán de Fragata, si mal no recuerdo a fines del 87.¹⁵

Los cuestionamientos al ascenso, fundamentados en las denuncias por violaciones a los derechos humanos, fueron respondidos por Pernías desde el lugar de legitimidad que le otorga la participación destacada que tuvo en la guerra de Malvinas:

Pues bien, durante la guerra contra la subversión he sido un participante más de la Armada. Obviamente, tengo presente una serie de acusaciones a las que después me voy a referir. Por esto fui tildado como delincuente. En realidad, los siguientes veinte años que permanecí en la Armada demostraron después, a mi juicio, que fui un combatiente, como lo demostraron los hechos ocurridos en Malvinas. Ustedes saben que el Batallón 5 de Infantería de Marina fue la última unidad que se replegó y creo que las cosas ahí anduvieron bien. Si la Armada me propone para el ascenso al grado de capitán de navío es en virtud de un análisis muy pormenorizado de mis antecedentes.¹⁶

Este es el mismo criterio que siguió para reivindicar a Pernías su jefe en Malvinas, Carlos Robacio, resaltando además la institucionalidad de las acciones de su subalterno, en tanto cumplía órdenes:

Antonio Pernías [es] un héroe de la guerra antsubversiva y en Malvinas, el mismo siempre fue lealmente de frente y cumpliendo igual que nuestros oponentes británicos, las órdenes que su país le requería, cualesquiera fueran el lugar y las circunstancias que lo rodean. Lamentablemente, hace poco tiempo fue sentado en el banquillo de los acusados, aunque no le correspondía ya que, como en Malvinas, Pernías solamente se limitó a cumplir acabadamente bien lo que la Patria le impuso. Hoy, después de 20 años de su derrota, los que siguen viviendo y explotando el odio, han logrado interrumpir la carrera de un valiente y honesto profesional. Hombres como Pernías, Soldados con mayúscula, son de gran valor, como ejemplo de dignidad y honestidad para las generaciones del futuro.¹⁷

Las “acciones que su país le requería” a soldados como Pernías podían incluir tanto la participación en la represión ilegal desde el centro clandestino de la ESMA, como el combate franco contra los británicos en el Monte Tumbledown. Para el marino, las reglas de la guerra habían sido cumplidas en ambas ocasiones:

En los sucesos de Malvinas, ya con el grado de capitán de corbeta, era jefe, lo que se le decía a la tropa combatiente era que al inglés había que considerarlo como un enemigo profesional, que no debía haber odios ni rencores por todo ello. Como dice además el Código del Oficial de la Armada: valeroso en la guerra, generoso en la victoria.

Yo no tengo ningún odio ni ningún rencor contra quienes fueron mis enemigos en ese momento en cuanto a la guerra contra la subversión.¹⁸

Para el otro marino, Juan Carlos Rolón, las acciones en las que participaron debían ser entendidas en el contexto particularmente violento en los que les tocó servir en la Armada:

Salí de un destructor un día siendo oficial artillero y al otro día me encontré en algo que creo fue una situación muy traumática para la República. Yo se la explicaba al señor senador Bittel: la Argentina vivió un hecho muy traumático y tuvo una solución traumática no querida por nadie y mucho menos por los que tuvimos que actuar. Eran circunstancias de la historia. Discúlpeme un poco la analogía, pero es como analizar las carreras del domingo los días lunes. Creo que se han cometido muchos errores y muchos aciertos.

En lo que a mí compete en todo momento he tratado de hacerlo siguiendo el estilo de vida y el espíritu que siempre tuvo la Armada, que es el respeto tanto de los hombres propios como los del otro lado.

Así lo viví en Malvinas, en donde estuve a bordo del destructor que estuvo al lado del crucero Belgrano al momento del hundimiento.¹⁹

En el caso de los integrantes del Ejército, la analogía funcionaba del mismo modo. Los comandos, por ejemplo, al analizar críticamente su experiencia de combate en las islas, consideraban que su derrota en las Malvinas se debía que los británicos habían contado contra ellos con las mismas ventajas de las que ellos se habían beneficiado en la lucha “contra el terrorismo subversivo, combatiendo en los montes de Tucumán o en zonas suburbanas”.²⁰ Uno de los integrantes de la compañía de Comandos 602, condecorado por su desempeño en Malvinas, fue detenido acusado de participar en los fusilamientos de presos conocidos como la masacre de Margarita Belén, en el Chaco, el 13 de diciembre de 1976.²¹

En el contexto de denuncias por violaciones a los derechos humanos, la guerra de Malvinas se revelaba como símbolo de primera magnitud para enfrentarlas, un refugio sagrado frente a la caracterización de las Fuerzas Armadas argentinas como la encarnación del mal. Enraizado en elementos nacionalistas de fuerte presencia en la cultura argentina, tanto las islas como la apelación a la guerra por ellas tocaban una fibra sensible a miles de argentinos, enrostrándole a los actuales críticos su pasado compromiso con la guerra (y por extensión, con las Fuerzas Armadas). Esta ambigüedad, que había permitido abrir las críticas al régimen en 1982, ofrecía ahora a los militares, también, una eficaz barrera a los cuestionamientos en el contexto de la transición. La transversalidad de la cuestión “Malvinas” queda patente en esta situación, como un terreno de confluencia de las adhesiones y reivindicaciones más dispares.

La idea de Patria era el principal argumento en este sentido. La entrega de medallas y homenajes fue una de las primeras medidas adoptadas por todas las fuerzas entre noviembre de 1982 y abril del año siguiente, en ocasión del primer aniversario del conflicto, que por disposición oficial, pasó a ser un feriado nacional para recordar “el primer aniversario del intento de recuperación de las islas Malvinas”.²² El nombre de ese nuevo feriado nacional sería el de “Día de las islas Malvinas, Georgias del Sur y Sandwich del Sur” y su finalidad, la de convertirse en “una forma permanente de recordar y reafirmar los legítimos derechos de la nación sobre esos territorios y de honrar la memoria de quienes cayeron en su recuperación y defensa”.²³

Las recordaciones oficiales buscaron suavizar las rispideces creadas por la derrota entre la sociedad civil y sus fuerzas armadas y al interior de las mismas. En una misa se afirmaba que “En las Malvinas se ha derramado sangre de jefes, oficiales, suboficiales y conscriptos”,²⁴ mientras que en el acto central en conmemoración del 2 de abril, el vicario castrense señalaba en su homilía que esperaba que “a la derrota bélica no suceda la política [...] Rechazamos una argentina superficial, contestataria y desmalvinizadora [...] Que la pérdida de vidas y la sangre vertidas no hayan sido vanas”.²⁵ La apelación a las muertes en batalla trasladaba la guerra de 1982 al terreno intangible de aquellos hechos que habían conformado la historia nacional.

Sólo de ese modo el precio de sangre no sería en vano.

Héroes ciudadanos

El 10 de diciembre de 1983 asumió como presidente el radical Raúl Alfonsín. Entre sus herencias se encontraban las iniciativas oficiales en relación con la guerra de las Malvinas y su conmemoración. La política radical hacia el pasado inmediato transitó un equilibrio delicado entre la voluntad de juzgar a las cúpulas responsables de graves violaciones a los derechos humanos y, al mismo tiempo, su real capacidad política para conducir la transición democrática, tensionada por diversos actores sociales con objetivos políticos muy diferentes. Una de las primeras medidas presidenciales fue anular por decreto el feriado que el gobierno militar había establecido el 2 de abril, trasladándolo al 10 de junio, fecha en la que en 1829 había asumido Luis Vernet como comandante militar de las Islas Malvinas. Quitaba de este modo un emblema caro a los sectores castrenses.²⁶ Sin embargo, el 2 de abril de 1984 Alfonsín encabezó el acto central de conmemoración de la “recuperación de las islas Malvinas”,²⁷ realizado en la ciudad de Luján, sede de la basílica cuya virgen es patrona de la Argentina. Allí pronunció un discurso emblemático.

¿Qué tenía para decir sobre Malvinas un presidente democrático, cómo restañar la herida al orgullo nacional? ¿Cómo se conmemora una derrota? La conmemoración del desembarco en un proceso de ruptura con un pasado violento planteaba el problema de incorporar un enfrentamiento armado protagonizado por unas instituciones militares muy cuestionadas. Era una contradicción entre los intentos por construir una cultura “pacifista” basada en valores democráticos y la demanda de conmemoración de un hecho “guerrero” en un país cuya identidad cultural estaba fuertemente marcada por la presencia militar en el panteón nacional.

Los estados republicanos deben reemplazar la noción de “gloria” militar por la de “sacrificio”²⁸ como una forma de ejercer la función pedagógica que el culto republicano a los muertos cumple en la conformación de las naciones. La muerte en batalla es la máxima entrega en la defensa de los valores patrios, pero al mismo tiempo constituye un ejercicio de los derechos cívicos. De este modo se le da un sentido colectivo a las muertes, y al mismo tiempo se ofrecen vías para la elaboración del duelo individual. En este esquema, los soldados-ciudadanos mueren en defensa de una comunidad que a la vez los toma como modelos.

En su discurso, Alfonsín estableció este tipo de contrato: “Hoy 2 de abril vengo aquí a evocar con ustedes, delante de este monumento, a nuestros caídos en batalla, a esos valientes argentinos que ofrendaron su vida o que generosamente la expusieron en esa porción austral de la patria. Si bien es cierto que el gobierno que usó la fuerza no reflexionó sobre las tremendas y trágicas consecuencias de su acción, no es menos cierto que el ideal que alentó a nuestros soldados fue, es y será el ideal de todas las generaciones de argentinos: la recuperación definitiva de las islas Malvinas, Georgias del Sur y Sándwich del Sur [...] Cuántos ciudadanos de uniforme habrán deseado dejar sus cuerpos sin vida entre las piedras, la turba y la nieve, después de haber peleado con esfuerzo y osadía. Pero Dios vio a los virtuosos y de entre ellos los valientes y los animados, de entre los dolidos y los apesadumbrados eligió a sus héroes. Eligió a estos que hoy memoramos. Ungidos por el infortunio, sin los laureles de la victoria, estos muertos que hoy honramos son una lección viva de sacrificio en la senda del cumplimiento del deber [...] Esas trágicas muertes refuerzan aún más la convicción que tenemos sobre la justicia de nuestros derechos”.²⁹

¿Por qué, si había anulado el feriado del 2 de abril, semejante declaración de principios en ocasión de la fecha? Se trató de un intento de quitar a las Fuerzas Armadas el predominio en la memoria de la guerra y, al mismo tiempo, una forma de proponer claves distintas para la apropiación por vías democráticas de emblemas vinculados al nacionalismo, de los que el gobierno militar había abusado.³⁰ ¿Era posible mantener un discurso nacionalista sin quedar asociado a la memoria de la dictadura militar más sangrienta de la historia? ¿Cómo disputar a las Fuerzas Armadas o a la derecha reaccionaria elementos como los de “soberanía” o “patria”? El camino elegido fue el abierto a partir del compromiso con los caídos, muertos por la patria y reivindicados como “ciudadanos de uniforme”. El presidente diferencia sus motivaciones de aquellas del “gobierno que usó la fuerza” irreflexivamente. Los soldados concurren a las islas en cumplimiento de un deber superior y una lealtad a valores que trascendían al gobierno de turno: aquel que los ciudadanos tienen con sus conciudadanos y su patria, en un intento por reemplazar el “orgullo nacional” con el “patriotismo constitucional”.³¹

Pero Malvinas y la guerra podían aparecer como un elemento desde el cual reconstruir una visión favorable a los militares desprestigiados por la represión ilegal y por la derrota. Un año después, un reconocido analista político consignaba la pobre convocatoria de algunos grupos de derecha en ocasión del aniversario de 1984, y alertaba acerca de “la vana tentativa de abstraer al 2 de abril de su contexto histórico [que] sirve al propósito de sacralizar nuevamente a las Fuerzas Armadas, trocando en glorioso el más irresponsable de sus actos y abriéndoles el camino para un regreso al poder”.³²

La crisis de Semana Santa

Estas contradicciones fueron puestas en evidencia al producirse la primera crisis militar de proporciones desde el final de la dictadura. El levantamiento carapintado conducido por Aldo Rico, durante la Semana Santa de 1987, mostró el peso simbólico de las islas y la falta de un consenso acerca del significado que se le asignaba a la guerra. En el verano de ese año, en

respuesta a la sanción de la Ley de Punto Final (1986),³³ los cuadros medios de las fuerzas armadas habían manifestado su inquietud ante la catarata de presentaciones judiciales en su contra que se presentarían. Finalmente, en abril, el coronel Aldo Rico –jefe de Comandos en la guerra de Malvinas- ocupó la Escuela de Suboficiales en Campo de Mayo en demanda de una “solución política”.

Hubo grandes movilizaciones en todo el país, y una multitudinaria concentración en la Plaza de Mayo en respaldo de la democracia. Hubo serios temores de que la movilización popular, se dirigiera a Campo de Mayo y se produjera una masacre. El presidente Raúl Alfonsín, desde los balcones de la casa de Gobierno, anunció que iba a Campo de Mayo a demandar la rendición de lo rebeldes. Una plaza repleta permaneció expectante y escuchó, a su regreso, que “los hombres amotinados han depuesto su actitud. Como corresponde serán detenidos y sometidos a la justicia. Se trata de un conjunto de hombres, algunos de ellos *héroes de la guerra de las Malvinas*, que tomaron esa posición equivocada”.³⁴

La apelación por parte del presidente Alfonsín a la guerra de Malvinas fue una desgraciada remilitarización de la memoria de la guerra, pues ese fue el elemento elegido para atenuar la imagen de los amotinados. ¿Debían ser “comprendidos”, por sufrir las consecuencias de la derrota? ¿O el presidente apelaba a elementos más profundos dentro de la cultura política argentina, aquellos relativos al nacionalismo que alimentó el apoyo a la recuperación? ¿No se señalaba de este modo el fuerte compromiso social con una guerra infausta y –por extensión- con los militares comprometidos? Si la crisis carapintada había sido caracterizada como un atentado contra la democracia, ahora el “atenuante” para los alzados venía a ser su condición de veteranos en una guerra patriótica.

Con la invocación a Malvinas se llamaba a silencio a una sociedad movilizadada en defensa de sus instituciones y con dificultades para asumir su pasada adhesión a la guerra.

Algunas agrupaciones de ex combatientes tomaron distancia de la caracterización presidencial. Al referirse a la situación militar sostenían que “no podemos, por una cuestión de justicia, decir [a los carapintadas] “héroes de Malvinas” como los llamó el presidente de la Nación en Semana Santa. Para nosotros los únicos héroes son los que cayeron combatiendo al imperialismo en Malvinas”.³⁵ Sin embargo, esta postura no predominó. La línea argumental del presidente aparece en varias publicaciones de la época, en las que las fotografías de los rebeldes aparecían con sugestivos epígrafes en los que se evocaba precisamente su vínculo con Malvinas. Los análisis de la crisis militar destacaban la condición de comandos (soldados profesionales y especialmente entrenados) de los sublevados, y su correcto comportamiento durante la guerra: “¿Y cómo se comportó la unidad de comandos de Rico en las Malvinas? Sobresalientemente. Muchos de sus hombres terminaron heridos o muertos”.³⁶ Agregado a su condición de haber pasado por las islas, se sumaba el buen desempeño, como un valor agregado que permitiera hacer aceptable – o por lo menos comprensible- su actitud.

Esta reinstalación de los combatientes profesionales a partir del discurso presidencial fue la apelación a una forma muy específica de las memorias de

guerra: aquella anclada en la idea del héroe nacional construida a lo largo de todo el siglo XX. Las ambigüedades acerca de la guerra habían permitido a Alfonsín echar mano a la imagen militar para definir, apelando a Malvinas, una crisis política originada en la política de juzgamiento a las violaciones a los derechos humanos.

¿Cómo es un héroe posdictatorial?

Una de las formas de incluir la experiencia de los ex combatientes en un relato colectivo fue el de inscribirlo en el discurso patriótico construido desde finales del siglo XIX. En ese sentido, aunque con objetivos divergentes, confluyeron las iniciativas de las Fuerzas Armadas y de los distintos gobiernos civiles y militares que se alternan desde 1982. La Ley 24.950 declara a los 649 caídos en Malvinas como Héroes nacionales. ¿Qué es lo que en este caso otorga el título de héroe? Para definirlo, esta ley adopta un criterio que hace tabla rasa: para ser héroe, hay que estar muerto. No se trata de argumentar sobre este punto, que ronda con los estudios mitográficos, pero sí en cambio reaccionar contra semejante generalización, desde el punto de vista de la apropiación y las lecturas sobre el pasado, que esto conlleva. La ley deja afuera, sólo por señalar un simple elemento, a quienes murieron después de la guerra, víctimas de sus secuelas físicas, o psicológicas, como es el caso de los centenares de suicidios de ex combatientes.

Pero sin dudas, desde el punto de vista de la construcción de una sociedad democrática, construye una generalización que borra las pasadas vinculaciones de muchos de los muertos en la guerra –y, por extensión, los vivos- con la represión ilegal. Conviene señalar, al respecto, que más del 80% de los combatientes en Malvinas lo hicieron bajo el régimen del servicio militar obligatorio: eran jóvenes conscriptos con una historia claramente diferente al de los militares de carrera, muchos de ellos involucrados en la represión ilegal.

Un discurso como el que pronunció Alfonsín en 1984, por ejemplo, refería directamente a ellos, pero no a aquellos oficiales profesionales a los que un desempeño honroso en una guerra considerada por muchos de sus compatriotas como justa no exime de su responsabilidad como participantes en la masacre interna. Este tipo de casos, sobre todo, arman una paradoja.

El general Martín Balza, veterano de Malvinas y figura central en la profesionalización del Ejército Argentino y su autocrítica en la década del noventa, señala esta dualidad:

La prensa en general se ocupó sobradamente de Galtieri y de algunos de sus adláteres, pero demasiado poco de cómo lucharon y murieron nuestros soldados, mientras que los primeros se guiaban por unas ansias de gloria mal habida y llegaron a traicionar a la República disfrazados de honor y patriotismo, los segundos actuaron guiados por un sano sentimiento de Patria.³⁷

Sólo que para Balza parecería haber buenos y malos oficiales dentro de una institución, y considero que la discusión es más profunda: hay unas Fuerzas Armadas que adoptan o no una estructura de funcionamiento subordinada a la Constitución nacional. Claramente, este no era un paradigma en el que los oficiales de las distintas jerarquías que se formaron y fueron a la guerra

conocieron. Sin duda, la guerra fue una ruptura. Produjo, en algunos de sus participantes, una profunda crisis de identidad. No sólo por la experiencia de la guerra en sí, sino precisamente acerca del lugar en el que los cuadros profesionales se habían colocado en relación con sus compatriotas – subordinados. Un teniente 1º, a cargo de una batería de artillería en el combate de Ganso Verde, muy respetado por sus subordinados y de destacada actuación en esa batalla, escribió poco después de la derrota que

En nuestro ejército existió un desconcepto sobre cómo debe vivir el soldado, generalmente se piensa que el que más sufre la fatiga y la incomodidad es el más apto o más preparado para combatir y en conclusión no es así. El hombre es una joya que ponen en nuestras manos y que debemos mantener en las mejores condiciones hasta que llegue el momento de combatir.³⁸

Malvinas y la represión ilegal pusieron en crisis el imaginario patriótico construido a lo largo del siglo XX. Para miles de combatientes y civiles, tanto la guerra contra Gran Bretaña como la represión ilegal fueron ejecutadas en defensa de estos valores. Se trata de una discusión no saldada, y que suele zanjarse en el refugio en la experiencia o en el repliegue a los territorios intangibles de lo sagrado.

Este año, en ocasión del 25 aniversario de la guerra, el Ministerio de Defensa argentino organizó una muestra en su sede, el Edificio Libertador. La novedad era que se trató de una muestra conjunta, a la que se convocó a diferentes actores: organizaciones de ex combatientes, cada una de las Fuerzas Armadas, e investigadores (ese fue mi caso). El día de la inauguración, la Comisión de Familiares de los Caídos en Malvinas presentó una nota a la ministro y se retiró del evento con los objetos que había ofrecido para exhibir. El motivo del enojo, sobre todo, fue que una agrupación de ex combatientes, el CECIM (que agrupa a veteranos de guerra de la ciudad de La Plata), había aportado el maniquí de un soldado estaqueado³⁹:

Desde el momento mismo de su nacimiento, la Comisión de Familiares de Caídos en Malvinas e Islas del Atlántico Sur viene luchando para enaltecer la memoria de sus Héroes (...) Como sucede con todas las causas verdaderamente nacionales y populares, el homenaje a los Héroes de Malvinas y a la Gesta, se inició de abajo hacia arriba. A lo largo de estos 25 años, fue el pueblo argentino el que – sobreponiéndose a la incesante desmalvinización promovida por el sistema político, cultural, educativo y comunicacional de postguerra- ofreció leal y sinceramente su tributo a los Caídos y a la Causa por la que dieron sus vidas (...) La sabiduría popular nunca confunde lo principal con lo secundario: *hay una parte de nuestro territorio ocupada por una potencia extranjera*. Es un conflicto que atraviesa toda la historia argentina y que compromete su futuro y el de la Región. *Hay hombres que cayeron luchando por esta Causa. Son nuestros Héroes*. Esto es lo principal. Esto no puede olvidarse (...)

Esta pérdida de orientación –o esta orientación concientemente dirigida- es la que todavía insiste en reducir el sentido de la Causa de Malvinas a una “aventura de la dictadura militar”. Olvida los antecedentes, las causas profundas, los intereses en juego, el significado del protagonismo popular que despertó el 2 de abril, oculta a los combatientes o promueve lo peor de ellos, los trata de “chicos de la guerra” y les niega la dignidad de haber sido parte en una Causa histórica del pueblo argentino. *Es por eso que los que olvidan estas cosas tienen tantas dificultades para reconocer a sus Héroes. Porque los que eligen el olvido sólo saben construir víctimas (...)* Los Familiares, en cambio, hemos elegido la Memoria (...)

Es por ello también, Sra. Ministra, que no podemos dejar de manifestarle nuestra más profunda tristeza y desagrado, ante la muestra que vuestra cartera ha organizado, supuestamente en conmemoración del 25 aniversario de la Gesta de Malvinas (...) Entendemos que pueden existir muchas miradas sobre Malvinas; nuestra entidad no niega a ninguna, aunque hayamos elegido la que entendemos como la más valiosa para construir el futuro de nuestra Nación. Es en el vasto universo social en que todas las miradas pueden expresarse, intentando o no su legitimación. Pero el Estado Nacional, como expresión de conjunto, tiene la obligación de buscar una síntesis superadora de esas distintas miradas, ya que su finalidad es el bien común. No es un mero escenario para instalar las contradicciones, sino para resolverlas.

Por el contrario, vuestra cartera – con la legalidad que le brinda el sistema de representación formal-, ha resuelto dar prioridad a una visión de la problemática que nos ocupa, profundamente desmalvinizadora. No sólo no ha cumplido con su cometido de bregar por el bien común, sino que viene sometiendo sus políticas públicas a una mirada facciosa y reduccionista.

La Muestra organizada por Usted, abona el camino de la confusión, deshonra la memoria de nuestros Héroes, reduce la complejidad a una mirada prejuiciosa y lejana a la verdad de los hechos.⁴⁰

Veinticinco años después de la guerra, la misma ambigüedad que producía Malvinas en 1982 sigue vigente y es denunciada por la Comisión de Familiares pidiéndole al Estado que “no instale contradicciones”, sino “que las resuelva”. En este sentido, desde el refugio del culto patriótico, no hay discusión política posible. Pero sucede que en esa misma muestra, donde un maniquí de un soldado estaqueado produjo indignación porque era una “deshonra a los héroes”, también estuvo en exhibición, presentada por la Armada Argentina, la campera del primer muerto en la guerra, Pedro Edgardo Giachino, un capitán de la Infantería de Marina caído bajo el fuego británico en la jornada del 2 de abril en el asalto a la casa del gobernador Rex Hunt:

Promovido a teniente de navío el 31 de diciembre de 1975, había sido destinado a combatir el terrorismo. Ese año había participado en los combates tucumanos del “Operativo Independencia”. Y allí también supo imponer la pasión que fue nervio motor de su vida (...) Fue activo participante en las operaciones antisubversivas de las Fuerzas Armadas tras el 24 de marzo de 1976, hasta que un par de

años después recaló en Mar del Plata para entrenar a los hombres de los grupos anfibios y los buzos tácticos. Todavía era un chico y ya tenía una enorme carga de experiencia sobre sus hombros.⁴¹

El primer muerto argentino en la guerra era integrante de los grupos que ejercieron la represión ilegal, al punto de que, como vimos, su participación en esta era un *antecedente positivo en 1982*. Era un joven oficial “con una enorme carga de experiencia”. Al morir Giachino, una revista propuso que la primera estampilla de las islas recuperadas llevara su imagen como ilustración. La guerra había sido inserta en el plano más amplio de la historia nacional. Algunos medios comenzaron a informar sobre las acciones bélicas en las islas australes en una sección titulada “los nuevos héroes de mayo”, planteando una continuidad histórica con el hecho considerado inicial de la historia argentina independiente. Si en ese momento los argentinos habían pasado por una prueba decisiva para su futuro, la guerra en las islas constituiría un nuevo hito: “hoy el país es un libro de historia que está escribiéndose. También en este 25 de Mayo, el del año de 1982, ‘aquel año en que otra vez nos invadieron y otra vez los echamos’, como se dirá en el futuro”.⁴²

¿Era posible entonces, es posible hoy, continuar la escritura del “libro de la historia nacional” con protagonistas tan controversiales, con instituciones que habían cumplido al mismo tiempo el papel de represoras y realizadoras de anhelos nacionales históricos?

El teniente, el maestro, el capitán

Con posterioridad a la derrota las Fuerzas Armadas argentinas continuaron elaborando sus memorias sobre la historia reciente nacional. Una de las figuras emblemáticas en este proceso pos dictatorial es la del teniente Roberto Estévez. Durante los sangrientos combates de Darwin, este joven oficial fue herido en tres oportunidades, pero siguió dirigiendo la resistencia de su sección y alentando a sus hombres hasta morir. Estévez es uno de los cinco condecorados con la Cruz “La Nación Argentina al Heroico Valor en Combate” (post mortem). Se trata de un oficial muy joven, de difícil asociación con la represión ilegal y que había llevado su sacrificio al extremo, obteniendo el reconocimiento de sus propios hombres. La figura del joven Estévez es una de las que más destacan tanto las agrupaciones de veteranos (sobre todo las de quienes combatieron en el Regimiento de Infantería 25, donde sirvió Estévez) como el Ejército. El 27 de marzo de 1982, escribió su última carta, que debía ser entregada por un compañero a su padre en caso de morir. El documento comenzó a circular por distintos medios de inmediato:

Carta de un soldado

Querido Papá:

Cuando recibas esta carta yo ya estaré rindiendo cuenta de mis acciones a Dios Nuestro Señor. Él, que sabe lo que hace, así lo ha dispuesto: que muera en el cumplimiento de mi misión. Pero fijate vos, ¡qué misión! ¿No es cierto? ¿Te acordás cuando era chico y

hacía planes, diseñaba vehículos y armas todos destinados a recuperar las islas Malvinas y restaurar en ellas Nuestra Soberanía? Dios, que es un padre generoso ha querido que éste su hijo, totalmente carente de méritos viva esta experiencia única y deje su vida en ofrenda a nuestra Patria.⁴³

La carta de este joven oficial muerto al frente de sus hombres abreva directamente en el imaginario patriótico tradicional argentino. Lo hace tanto como la de otro joven muerto en la guerra: un maestro que marchó a combatir como voluntario, Julio Cao. Hizo el servicio militar obligatorio en el Regimiento de Infantería 3, de La Tablada. Cuando empezó la guerra estaba casado y su mujer esperaba un bebé. Cao trabajaba como maestro en una escuela del Conurbano. Murió el 12 de junio en las cercanías de Monte Longdon, durante un contraataque argentino. También se conserva una carta alimentada por valores semejantes a los de Estévez. El 29 de abril le escribió a la directora de la escuela en la que trabajaba. Allí se definía como cumplidor de dos deberes, el de maestro, y el de soldado:

Señora deseo aclararle que esta información y todo lo que se refiere a mi ubicación no la he hecho llegar ni a mi esposa ni a mi familia, con el objeto de no alarmarlos más de lo que por el hecho mismo se encuentran. Igualmente tengo la seguridad de que las cosas no van a llegar a mayores y que esto va a terminar muy pronto; no sabe cuanto deseo volverme a encontrar frente al grado cumpliendo esa misión mucho más gratificante y provechosa que la que tengo encomendada.

Desearía que hiciera llegar a la maestra de 3ro D este mensaje para mis alumnos:

“A mis queridos alumnos de 3ro D:

No hemos tenido tiempo para despedirnos y esto me tuvo preocupado muchas noches aquí en las Malvinas, donde me encuentro cumpliendo mi deber de soldado: defender nuestra bandera. Espero que ustedes no se preocupen mucho por mí porque muy pronto vamos a estar juntos nuevamente y vamos a cerrar los ojos y nos vamos a subir a nuestro inmenso Cóndor y le vamos a decir que nos lleve a todos al “país de los cuentos”, que como Uds saben queda muy cerca de Las Malvinas y ahora como el maestro conoce muy bien Las Islas Malvinas no nos vamos a perder.

Chicos quiero que sepan que a la noche cuando me acuesto, cierro los ojos y veo cada una de sus caritas pequeñas riéndose y jugando; cuando me duermo sueño que estoy con ustedes.

Quiero que se pongan muy contentos porque su maestro es un soldado que los quiere y los extraña. Ahora sólo le pido a Dios volver pronto con ustedes. Muchos cariños de su maestro que nunca se olvida de ustedes.

Afectuosamente, Julio⁴⁴

¿Qué comparten los testimonios póstumos de ambos jóvenes combatientes de Malvinas?: Un imaginario patriótico encarnado en dos de las instituciones a partir de las cuales este se consolidó durante todo el siglo XX: la educación pública y la institución militar.

Desde el punto de vista de la cohesión social, el discurso patriótico, encarnado en Malvinas, presenta dos ventajas: la Patria es un espacio donde los conflictos internos no tiene lugar, habitado por los puros, los héroes que murieron por ella. Estos, en el caso de Malvinas, Julio Cao y Roberto Estévez, eran civiles y militares, los antagonistas de los distintos discursos históricos acerca de la violencia política, la dictadura militar y la democracia.

La patria es lo eterno, el referente para todos más allá de cualquier tipo de antagonismos. El paradigma de esta confluencia se da en el caso de los soldados – ciudadanos, los conscriptos, como en el discurso de Raúl Alfonsín o el testimonio de Julio Cao. Se trata de una forma de narrar la Nación que fue eficaz para la construcción de numerosas identidades nacionales durante el siglo XIX y XX, entre ellas la Argentina, que alimentó el imaginario de distintas fuerza políticas conservadoras y revolucionarias en pugna, y que en un lento proceso de recuperación superó las críticas demoledoras hacia las Fuerzas Armadas (que concentran buena parte de la simbología de dicho discurso) durante los ochenta, para transformarse en la voz oficial del Estado, como visiblemente sucedió en 2002.

En esta retórica, lo que predomina es la ausencia de la reflexión crítica, aplicada esta a las distintas responsabilidades y conductas: el deber cumplido se ve realizado por las malas condiciones en las que se peleó, e iguala a oficiales y subalternos (todos son muertos por la Patria); el apoyo de la sociedad fue por un sentimiento puro y en consecuencia, resulta secundario qué apoyó, qué tergiversaciones recibió, o qué impunidades apañó.

Pero el terreno vuelve a hacerse pantanoso cada vez que se sale del mundo abstracto de las virtudes militares como el valor y el honor, o el ideario patriótico, para entrar en la lectura histórica y política de la época. En ese sentido, las memorias de la guerra de Malvinas presentan para los argentinos una perturbadora dualidad: aquella consistente en que un anhelo compartido por buena parte del pueblo argentino fue conducido por un gobierno ilegítimo, perpetrador de violaciones sistemáticas a los derechos humanos cuyo juzgamiento sentó jurisprudencia a nivel mundial. Tanto la represión ilegal como la guerra de Malvinas fueron concebidas por unas Fuerzas Armadas que por lo menos durante tres décadas se habían preparado para la “tercera guerra mundial” contra el marxismo, velando las armas y entrenándose para emplearlas contra su propio pueblo, y que en 1982 aún mantenían una estructura represiva clandestina mediante la cual habían conservado el poder.

Si el acervo histórico del siglo XIX y las guerras por la independencia ofreció mártires y héroes para canonizar, la apelación a estos recursos, en la posdictadura, no es posible. Pedro Edgardo Giachino, “muerto por la patria”, héroe por una ley constitucional, o sus camaradas que sobrevivieron, como Rolón y Pernías, como Astiz, masacraron a su propio pueblo también en nombre ella. Cualquier alusión a esta cuestión, es vista por sectores más anclados a ideas tradicionales de patria, es vista como una deshonra, como en el caso de los incidentes en el ministerio de Defensa.

A causa de los intentos por lavar los crímenes cometidos durante la represión ilegal con algunos de los hechos protagonizados en las islas, la guerra de Malvinas, en consecuencia, también está manchada por esa historia.

Y por eso historias como las de Julio Cao y tantos miles, aquellos que no tuvieron opción y que marcharon a las islas por deber, o por el ideario patriótico aprendido en la escuela, acaso lo más parecido que este tercer milenio ofrezca al ideario patriótico decimonónico, tan vigente aún en tantos lugares del territorio argentino, también.

Bibliografía citada:

Libros y artículos:

- Aguilar Fernández, Paloma y Humblebaek, Carsten, "Collective Memory and National Identity in the Spanish Democracy". En *History & Memory*, Números 1/ 2, otoño de 2002.
- Balza, Martín, *Malvinas. Gesta e incompetencia*, Buenos Aires, Atlántida, 2003.
- Bignone, Reinaldo, *El último de facto. La liquidación del Proceso. Memoria y testimonio*, Buenos Aires, Planeta, 1992.
- Goñi, Uki, *Judas. La verdadera historia de Alfredo Astiz, el infiltrado*, Buenos Aires, Sudamericana, 1996.
- Grecco, Jorge y González, Gustavo, *Argentina: el Ejército que tenemos*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990.
- Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de la Nación, *A 25 años de Malvinas* (afiche), 2007.
- Hass, Kristin Ann, *Carried to the Wall. American Memory and the Vietnam Veterans Memorial*. Berkeley: University of California Press, 1998.
- Jensen, Silvina, "¿Guerra antiimperialista o maniobra dictatorial?". En *Puentes* N° 20, abril de 2007.
- Mosse, George, *Fallen Soldiers. Reshaping the Memory of the World Wars*. Londres: Oxford University Press, 1990.
- Prost, Antoine, "Monuments to the Dead", en Pierre Nora (director), *Realms of Memory. The Construction of the French Past*. Nueva York: Columbia University Press, 1996-1997. Volumen II: "Traditions", p.329.
- Robacio, Carlos y Hernández, Jorge, *Desde el frente. Batallón de Infantería de Marina N° 5*, Buenos Aires, Solaris, 1996.
- Ruiz Moreno, Isidoro, *Comandos en acción. El Ejército Argentino en Malvinas*. Buenos Aires, Emecé, 1986.
- Schönfeld, Manfred *La guerra austral*, Buenos Aires, Desafíos Editores, 1982.
- Verbitsky, Horacio *El vuelo*. Planeta, Buenos Aires, 1995
- Horacio Verbitsky. *La posguerra sucia. Un análisis de la transición*. Buenos Aires: Legasa, 1985.

Documentos:

- Comisión de Familiares de Caídos en Malvinas e Islas del Atlántico Sur, *Nota a la Ministra de Defensa*, 14 de mayo de 2007. Subrayado en el original.
- Familiares de Desaparecidos y Detenidos por Razones Políticas. *El caso Astiz*. Folleto (7 de junio de 1982).
- *Malvinizar*

Publicaciones periódicas:

- Clarín (diario)
- Gente (semanario)
- La Nación (diario)
- La Semana (semanario)
- Revista 10 (semanario).
- Trespuntos (semanario).

Archivos

- Archivo de la Asociación Civil Memoria Abierta, Fondo Luis Moreno Ocampo.

¹ La construcción de Malvinas como causa nacional ha sido analizada por Rosana Guber, *Por qué Malvinas. De la causa nacional a la guerra absurda*, Buenos Aires, FCE, 2001.

² Para una aproximación más completa a la cuestión de Malvinas, ver Federico Lorenz, *Las guerras por Malvinas*, Buenos Aires, Edhasa, 2005.

³ George Mosse. *Fallen Soldiers*, p. 105.

⁴ Antoine Prost, "Monuments to the Dead", p.329.

⁵ Silvina Jensen, "¿Guerra antiimperialista o maniobra dictatorial?". En *Puentes* N° 20, abril de 2007.

⁶ *Trespuntos*, Año I, N° 24, enero de 1998, p. 9.

⁷ Coronel Francisco Cervo, citado en Jorge Grecco, Gustavo González., *Argentina: el Ejército que tenemos*, p. 135.

⁸ Reinaldo Bignone, *El último de facto*, p. 251.

⁹ Idem, pp. 254 - 255.

¹⁰ Menéndez dependía orgánicamente del general Antonio Domingo Bussi, bajo cuyo comando se instalaron los primeros 14 centros clandestinos de detención en la provincia de Tucumán. Testimonios de sobrevivientes y soldados a las órdenes de Bussi recuerdan que este hacía participar a los oficiales a su mando al menos en una ejecución de prisioneros.

¹¹ "La otra guerra del general Menéndez", *Gente* N° 875, 29 de abril de 1982.

¹² Uki Goñi, *Judas. La verdadera historia de Alfredo Astiz, el infiltrado*, pp. 206-207.

¹³ Familiares de Desaparecidos y Detenidos por Razones Políticas, *El caso Astiz*.

¹⁴ Martín Balza, *Malvinas. Gesta e incompetencia*, p. 30.

¹⁵ Horacio Verbitsky, *El vuelo*, p. 156.

¹⁶ Idem, p. 157.

¹⁷ Carlos Robacio y Jorge Hernández, *Desde el frente*, pp. 420- 421.

¹⁸ Horacio Verbitsky, *El vuelo*, p. 166.

¹⁹ Idem, p. 171.

²⁰ Testimonio de un comando citado en Isidoro Ruiz Moreno. *Comandos en acción*, p. 24.

-
- ²¹ *La Nación*, 7 de octubre de 2004, p. 10.
- ²² *Clarín*, 16/3/1983.
- ²³ *Clarín*, 30/3/1983.
- ²⁴ *Clarín*, 3/8/1983.
- ²⁵ *Clarín*, 5/4/1983.
- ²⁶ *Clarín*, 2/4/1984.
- ²⁷ *Clarín*, 3/4/1984.
- ²⁸ Kristin Ann Hass. *Carried to the Wall*, p. 40.
- ²⁹ *Clarín*, 3/4/1984. Mi subrayado.
- ³⁰ Aguilar Fernández y Humblebaek señalan que el “uso abusivo” de la simbología nacionalista y patriótica por los gobiernos totalitarios (ellos analizan el caso de Franco) dificulta su apropiación y resignificación por parte de la izquierda. Es un elemento clave en términos de luchas por la memoria si pensamos el fuerte componente identitario que tales imágenes proveen. Paloma Aguilar Fernández y Carsten Humblebaek. “Collective Memory...”.
- ³¹ Aguilar Fernández y Humblebaek, p. 141.
- ³² Horacio Verbitsky, *La posguerra sucia*, p. 171.
- ³³ Esta ley, sancionada el 31 de diciembre de 1986 por el Congreso nacional aprobando una iniciativa del Poder Ejecutivo, fijaba una fecha tope para la apertura de causas por la represión ilegal. Como resultado, hubo una verdadera avalancha de presentaciones en el verano de 1987, ya que muchos juzgados suspendieron la feria judicial. En poco más de dos meses quedaron procesados más de 300 oficiales.
- ³⁴ *Clarín*, 20/4/1987. Mi subrayado.
- ³⁵ *Malvinizar*, marzo de 1988, p. 9.
- ³⁶ *La Semana*, 28/4/1987.
- ³⁷ Martín Balza, *Malvinas. Gesta e incompetencia*, pp. 8- 9.
- ³⁸ Fondo Luis Moreno Ocampo. Archivo de la Asociación Civil Memoria Abierta.
- ³⁹ El *estaqueo*, o *calabozo de campaña*, es una forma de castigo militar que consiste en atar sobre el suelo, extendido de pies y manos en cruz, al que cometió un delito. En Malvinas se dieron muchos de esos castigos, descargados por faltas a la disciplina o “robos”: soldados que eran sorprendidos carneando ovejas para comer. De por sí un duro castigo, este se agravó por las durísimas condiciones climáticas imperantes en el archipiélago. Actualmente, algunos sectores impulsan que se desarrollen “Juicios por la Verdad” sobre Malvinas.
- ⁴⁰ Comisión de Familiares de Caídos en Malvinas e Islas del Atlántico Sur, *Nota a la Ministra de Defensa*, 14 de mayo de 2007. Subrayado en el original.
- ⁴¹ *Revista 10*, N° 26, 6 de abril de 1982.
- ⁴² Manfred Schönfeld, *La guerra austral*, p. 245.
- ⁴³ Apelan a ella numerosos entrevistados; la primera vez que supe de su existencia fue tan pronto como en 1983.
- ⁴⁴ Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de la Nación, *A 25 años de Malvinas* (afiche), 2007.